

superficie de la tierra, les preguntas: «¿Qué eres?» no hay uno que no te deba responder: «Soy un sentenciado á muerte». Sí, sentenciado á ser despojado de todo, separado de todo, olvidado de todos, devorado por los gusanos y reducido á polvo. ¡Oh miseria del hombre!

Por consiguiente, considerada en sí misma esta vida, no es la vida. No es la vida, puesto que no tiene nada de lo que la constituye, ni en cuanto al espíritu, ni en cuanto al cuerpo, ni en cuanto al goce, ni en cuanto á la duracion: *Vita mortalis*.

Esta vida es más bien una muerte viviente: *mors vitalis*, supuesto que se devora á sí misma en cada minuto y no tiene nada que sea definitivo. Al contrario, todo se encuentra siempre en estado de formacion ó de decadencia; lo mismo dentro que fuera de nosotros, todo cambia incesantemente, todo se altera, todo se descompone, todo se precipita, y las pompas de este mundo acaban todas en pompas fúnebres.

Con esta conclusion doy fin á esta carta. Bien corto de alcances ó muy desventurado será el que no la acepte como una verdad indiscutible.

Tu afectísimo...

CARTA UNDÉCIMA.

SUMARIO: Esta vida no corresponde á la idea de Dios, que la da.—Suponer lo contrario es negar la bondad de Dios.—Su sabiduría.—Su omnipotencia.—Es negar á Dios mismo.—Es acusar al género humano de locura incurable.—Oráculos divinos sobre los que toman esta vida por la vida.

QUERIDO AMIGO:

La vida presente no corresponde de modo alguno á la naturaleza del hombre que la recibe. Luego bajo este primer aspecto no es la vida. Resta ver si cuadra mejor á la idea de Dios que la da.

Dios es el sér por esencia: *Ego sum qui sum*. Siendo el sér, posee todo lo que constituye el sér, y lo posee con infinita perfeccion; si no, dejaría de poderse llamar el sér propiamente dicho. Dios es, pues, la bondad infinita, la sabiduría infinita, el poder infinito. Bondad infinita, que no puede querer ni hacer más que el bien; nunca el mal, ni moral ni físico, ni temporal ni eterno. Sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos.

Poder infinito, que nada le puede estorbar ni limitar.

Dios, Criador y Padre, ha puesto en el fondo del corazón humano tan invencible necesidad de la vida, que nada puede ni dominarla ni debilitarla. Mas hemos visto y lo hemos visto bien, que la vida presente está muy lejos de satisfacer esta imperiosa é imperecedera necesidad. Luego hay para el hombre otra vida que esta. La consecuencia es rigurosa, como las deducciones lógicas de un axioma geométrico. Vamos á sacar otra prueba del examen de la suposición contraria.

Dios, al crear al hombre, le ha dado un deseo invencible de la vida. Este deseo es una necesidad inseparable de su naturaleza. Nada hay que pueda impedir á Dios que dé al hombre todos los medios de satisfacer esa necesidad. ¿Y se los rehusaría despiadadamente? ¿Será posible que nos mande llamarle cada día *Padre nuestro*, y este Padre, infinitamente feliz en el cielo, se guardará su felicidad para sí sólo, y dándose el absurdo gusto de verse desventurado en la obra de sus manos, siendo sus criaturas y sus hijos, nos dejará consumir de todo género de males para luego precipitarnos en la nada?

Si así fuera, ¿Dios sería bueno, no diré con

bondad infinita, sino ni aun con limitada? En semejante hipótesis, este Dios, á quien todas las lenguas llaman *óptimo* y *máximo*, ¿se complacería en entregar al hombre, su imagen viva, á incesantes é inevitables torturas? Respecto de este sér, el más noble, y por tanto el más favorecido de la creación, ¿Dios habría realizado la fábula de Tántalo! ¿Habría acercado á sus labios la copa de la vida, y no obstante la sed ardorosa de su víctima, rehusaría eternamente dejarle beber!

¿Qué digo? La vida sería el infierno. Por toda recompensa de cincuenta ó sesenta años de fieles servicios, el más santo de los hombres sería como aquel condenado del Evangelio, que de en medio de las llamas pide una gota de agua para humedecer su lengua, y no la obtiene. ¿Conoces tú nada tan cruel en la historia de los suplicios inventados por los tiranos, civilizados ó bárbaros?

¿Y se quiere que nuestro Dios, verdaderamente óptimo y máximo, trate de esta suerte, y se quede satisfecho de tratar así á su pobre criaturita? Ante tal hipótesis, la razón, atacada en su misma esencia, estalla de cólera, y el humano linaje entero se levanta para lanzar el anatema contra semejante doctrina.

No es esto todo. Si la presente vida fuera

la vida, toda la vida, la sabiduría de Dios quedaría en mal lugar, no ménos que su bondad. Cada un día, desde hace seis mil años, llegan al mundo millares de séres humanos. Apenas han pasado aquí algunos años envueltos en tinieblas, mártires de mil errores, abrumados de trabajos, devorados de enfermedades, ¡se pretende que desaparezcan para no volver más, sumergiéndose en la nada, de donde habían salido!

¿Dónde estaría la razon de sér de su creacion? ¿Cuál sería el fin de su existencia? Vernos nacer, padecer y morir, únicamente por vernos nacer, padecer y morir, ¿cómo había de ser digno de una sabiduría infinita? Si así fuera, la vida sería una ironía cruel, y el hombre el juguete de una potencia malévola.

Entonces se justificarían los amargos lamentos que el exceso del dolor arrancaba al príncipe de Oriente, caído en el colmo de la desdicha: «Perezca el día en que yo nací, y no vea la luz; borrado sea del número de los días. ¿Para qué he venido al mundo? ¿Por qué no fallecí al salir del seno de mi madre?

»¿Para qué dar la vida al desventurado que llama en vano á la muerte, y la desea como los que buscan un tesoro? Nacido ayer, y condenado á morir mañana, no soy más que un

conjunto de miserias. Mi carne es un saco de podredumbre. La podre es mi madre y mi padre, los gusanos mis hermanos. Rodeado estoy de un círculo de lanzas; taladrados tengo de ellas los riñones; en todo mi sér no tengo parte sana.

»Dios ha caído sobre mí como un jigante. ¿Acaso mi fortaleza es un peñon de granito? ¿O es mi carne de bronce? Yo no soy más que una hoja que se lleva el viento; sobre tal cosa descarga el rigor de su poder. Acabe lo que ha comenzado, aplásteme y que no se hable más de mí»¹.

Estos serían los himnos de alabanzas que se alzarían incesantemente de todos los pechos hasta el Autor de la vida para darle gracias por ella; y con chocante contradicción, esas quejas en ninguna parte serían más legítimas que en boca de los verdaderos cristianos.

Por sus luces y sus virtudes, los verdaderos cristianos son la flor de la humanidad. Como al sol se debe el calor, así el mapamundi atestigua que á ellos se debe la civilización. Pues bien: mientras los despreciadores

¹ Pensamientos sacados de las lamentaciones de Job, capítulos VI-XII.

de Dios y de sus leyes habrían podido entregarse á todos los placeres, los verdaderos cristianos, por obedecer á Dios, se habrían condenado á todo género de privaciones, y no tendrían por recompensa más que la nada!

Los insensatos serían en tal caso los cuerdos, y los prudentes habrían de llamarse necios. Conocido te es el dicho de San Pablo: «Si nuestras esperanzas en Jesucristo se limitan á la presente vida, somos los más desventurados de todos los hombres»¹. Mas ¿qué estoy diciendo? No habría ni cristianos, ni Cristianismo, ni sociedad. La razon es muy sencilla: si esta vida es toda la vida, ya no hay ni estímulos para la virtud, ni barreras para el crimen, ni sancion seria para las leyes humanas ni divinas.

Si hago lo que han dado en llamar el mal, ¿qué me podrá pasar? A lo sumo perder algunos días de una vida pesada y sin ulteriores destinos. Si hago lo que han dado en llamar el bien, ¿qué podré esperar? Nada, nada y nada. La virtud no es más que una palabra y el patrimonio de los bobos en provecho de

¹ «Si in hac vita tantum in Christo sperantes sumus, miserabiliores sumus omnibus hominibus». (1 Cor., xi, 19.)

los bribones, y el género humano una manada de lobos que se comen los unos á los otros sin escrúpulos ni remordimientos.

¿Y se podrá decir que el Sér infinitamente sabio ha establecido semejante estado de cosas? Luego evidentemente, más evidentemente que nunca, la vida de este mundo no es la vida, toda la vida.

Como último rasgo de oposicion á la idea de Dios debe añadirse, mi querido Federico, que esta desastrosa condicion del hombre habría sido positivamente querida por el Sér infinitamente sabio é infinitamente bueno. En efecto, á la sabiduría y la bondad se añade en Dios la omnipotencia. Nada ha podido imponerle este horroroso desorden; nada puede forzarle á mantenerlo. Por consiguiente, no sino libremente, voluntariamente y directamente habría condenado la humanidad al tormento, sin motivo y sin compensacion. La suposicion de que esta vida es la vida es, pues, la negacion de tres grandes atributos del Sér por excelencia: la bondad, la sabiduría y la omnipotencia.

Mas si se le quitan á Dios atributos inseparables de su naturaleza, ¿qué queda? Un Dios mutilado, un Dios nada. Tú has podido ver, como yo, en la explanada de los Inválidos de

París, á ese viejo soldado arrastrado en su carrito de mano. El pobre perdió en la guerra de Crimea sus cuatro remos, y ha quedado un tronco informe. Así queda Dios en la suposición de que esta vida es toda la vida. ¿Es posible probar más claramente que semejante suposición es el colmo de la impiedad y la demencia?

Por eso jamás se ha formulado sin excitar el horror y provocar la protesta del linaje humano, el cual, cismático, hereje, pagano, salvaje, antropófago, ha podido caer en abismos de errores y vicios; pero, como lo sabes tú mejor que nadie, siempre ha proclamado la inmortalidad del alma, la existencia de penas y premios en la otra vida.

¿Qué significa esto, sino que ha reconocido siempre y continúa reconociendo que la vida presente no es toda la vida? Acusarle de error en este punto fundamental, sería declarar que desde hace seis mil años el género humano está atacado de enajenación mental, y que el mundo no es más que una gran jaula de locos. Pero si todos los hombres han estado siempre locos, el que les expida esa certificación tiene que probar que él está en su juicio; mientras lo prueba ó no, yo añado que al testimonio de todas las generaciones

humanas se agregan los oráculos divinos. Escucha al que conoce lo presente y lo porvenir. Ese lenguaje de verdad siempre antigua y siempre nueva, nos pinta la demencia de los hombres que miran como única la vida de acá, y los crueles desengaños que tendrán al otro lado de la tumba.

Ellos han dicho: «*Salidos de la nada, volveremos á la nada; la vida es una comedia; no tiene otro fin que el de que adquiramos riquezas, aunque sea por malos medios*¹. *Siendo ricos, entreguémonos á los placeres; riámonos de los que no quieren imitarnos*». Les ha cegado la malicia, han desconocido la dignidad del alma, han mirado como ensueños las recompensas prometidas á los justos, y olvidado que el hombre es inmortal.

»Pero llegará un día en que sus iniquidades se levantarán á acusarlos en el tribunal de Dios. Entonces los justos estarán con grande constancia contra aquellos que les angustiaron y les quitaron el fruto de sus trabajos. Los malos, al verles, serán turbados con temor horrendo, y se maravillarán de verlos

¹ «*Estimaverunt lusum esse vitam nostram, et conversationem vitæ compositam ad lucrum, et oportere undecumque etiam ex malo acquirere*». (Sap., xv, 12).

de repente salvos contra lo que esperaban.

»Diciendo dentro de sí pesarosos y gimiendo con angustia de espíritu: «Éstos son los de quien en otro tiempo nos burlábamos y la tomábamos con ellos para ultrajarlos. ¡Insensatos de nosotros! Teníamos su vida por locura y su fin por una deshonra. Ved cómo han sido contados entre los hijos de Dios, y su suerte está entre los santos.

»Luego hemos errado el camino de la verdad, y la luz de la justicia no nos ha alumbrado. Nos hemos cansado en el camino de la iniquidad y de la perdición, hemos andado por caminos ásperos, y hemos ignorado el camino del Señor. ¿De qué nos aprovechó nuestra soberbia? ¿Qué hemos sacado de la vana ostentación de nuestras riquezas? Todas estas cosas pasaron como sombra».

»Tales cosas dijeron en el infierno estos que pecaron. Mas los justos para siempre vivirán: el Señor mismo será su recompensa; de su mano recibirán reino de honra y corona de hermosura»¹.

Queda, pues, bien probado que esta vida no corresponde á la idea de Dios y á la fe del género humano mejor que á la naturaleza del

¹ Sap., v, 1-17.

hombre. Esta verdad llama á otras no menos incontestables, que serán el asunto de mis próximas cartas.

Tu afectísimo...